

cuando de raza romana, el camino del valor, y por su medio el de los honores, si bien no de los principales. Si fuese verdad que el siervo emancipado seguía la ley del que lo emancipó (51), sería esta otra manera para los vencidos de entrar en la sociedad de los vencedores; pero se ha interpretado de diferente manera el texto en que se apoya esta conjetura. Ciertamente obtenían tierras los emancipados, como pecheros libres, ó se dedicaban á oficios no serviles, con lo cual se extendía el tercer estado. Los eclesiásticos que en las cosas sacerdotales seguían los privilegios romanos, en las civiles eran igualados á los longobardos, aun cuando de origen romano, y gozaban del guidrigildo, y podían averiguar la verdad con la punta de la espada. El longobardo mismo se apasionó por su suerte, esto es, por el campo que le había tocado, y toleró que tuviesen derechos los campesinos afectos á su terreno; consintiéndoles un gui-

drigildo más elevado y la facultad de disponer de su peculio. Pero si la antipatia nacional y religiosa, y la soberbia de los vencedores dejó algún medio á los vencidos para adquirir los derechos de aquellos, no fué esto sino en la época de Liutprando, cuando se había introducido un derecho menos feroz, enriquecido por el más extenso y científico que los romanos habían transmitido, y el cual venía á alcanzar una victoria intelectual sobre aquellos que con la alabarda habían destruido la ciudadanía romana.

(51) *Omnes liberi qui a dominis suis longobardis libertatem meruerunt, legibus dominorum suorum et benefactorum vivere debeant, secundum qualibet a suis dominis propriis concessum fuerit.* ROTARI, *Leg.* 239. Aquí es claro que *lex* significa las condiciones «impuestas por los dueños á cada emancipado.»

CAPÍTULO IX

LOS FRANCOS.

Ya hemos visto en otro lugar el origen de los francos y su subdivision en dos ramas; la de los salios y la de los ripuarios (1). Procedió el nombre de estos últimos de que ocuparon las provincias de la Galia y de la Germania que se extienden por las dos orillas del Rhin, desde Colonia á Coblenza y al Este hasta Fulda, donde partieron quizá las tierras con los primitivos propietarios;

los salios poseían parte de la isla de Batavia y de la Toxandria. Al Norte confinaban con los tongros, junto á cuyas fronteras se alzaba Dispargo (2).

Altaneros y valientes hasta la ferocidad, atrevidos hasta la temeridad, de poca fe y muy hospitalarios, dice Libanio (3) que son «mas terribles por el valor que por el número; bravos en el mar no menos que en la tierra, desprecian las intemperies, mirando la guerra como su elemento, la paz como una calamidad, y el reposo como una esclavitud; si son vencedores nada los contiene; si vencidos, se reponen inmediatamente antes que los enemigos hayan tenido tiempo siquiera de quitarse el yelmo de la cabeza». Hablaban un idioma teutónico; eran de estatura colosal; llevaban sus cabellos rubios recogidos sobre la frente; se afeitaban la nuca y la cara, excepto algunos penachos de barba bien peinada; sus ojos eran verdosos con la pupila blanca y brillante como el agua; vestían túnicas de pelo que apenas les llegaban á las rodillas, ceñidas al cuerpo por un largo cinturón del cual pendía la pesada espada; un ancho escudo protegía su cuerpo, y se deleitaban en manejar y lanzar las franciscas, dando siempre en el blanco y sabiendo de antemano cuanto habían de penetrar en el cuerpo del enemigo, sobre el cual á veces se lanzaban á saltos.

Faramundo.—En Dispargo residían los jefes militares elegidos entre las familias más distinguidas, y recordados con el título de reyes por historiadores y poetas. El primero cuyo nombre se indica es

- (1) Véanse lib. VII, cap. 2.
SIDONIO APOLLINARIS, *Carmina et epistole*, son la fuente más rica de conocimientos respecto de aquella época.
GREGORIO DE TOURS, *Hist. eccl. Francorum*, lib. X.
FREDEGARIO, *Hist. epitomat.*
Gesta regum Francorum, de autor incierto.
AIMOIN, *De gest. reg. Francorum*, lib. V.
IDATI, PROSPERI TYRONIS, PROSPERI AQUITANI, MARI ARENTICENSIS, comitis MARCELLINI, *Chronica*, sin hablar de las de HERMAN CONTRATO, de SIGEBERTO de Gemblours, de ARIULFO de Centulla, de HUGO de Berdun, fundidas en las grandes crónicas de San Dionisio; de la vida de Santa Clotilde y de otros santos; y de las cartas de Avito, Clodoveo, Remigio y otros; recopiladas por Bouquet.
ADRIANO VALESIO.—*Gesta Francorum*. Paris, 1646.
ROTH.—*Ueber den burgerlichen Zustand der Gallier zur Zeit der frankischen Eroberung*. Munich, 1827.
PHILLIPS, *Deutsche Geschichte*.
H. G. MOKE.—*Historia de los Francos*. Paris, 1835, se ha publicado solo el primer tomo.
LUDEN, *Gesch. der Deutschen*.
SISMONDI.—*Historia de los franceses*. Paris, 1821-43, 31 tomos.
FAURIEL.—*Historia de la Galia Meridional*. Paris, 1836.
TURK, *Forschungen auf dem Gebiete der Geschichte*.
PERTZ.—*Gesch. der merovingischen Hausmeier*. Hannover, 1819.
THIERRY, *Cartas sobre la historia de Francia.—Relatos de los tiempos merovingios*, 1840.
MICHELET, *Historia de Francia*.

- (2) En Gregorio de Tours se halla á menudo: *Disparagum in terminis Turingorum*. Yo corrijo *Tungrorum*.
(3) *Orat.* III.

Faramundo, hijo de Teodomiro ó de Marcomiro, quien, dado caso que existiera, hubo de reinar del año 419 al 428 ó 430, cuando pasó la autoridad á Clodion el Cabelludo. Este jefe salió de Dispargo para marchar sobre Cambray y se adelantó hasta el Somma, pero batido por Aecio en Elena (*Vieux Hesdin*), estableció su campo á orillas del Mosa y del bajo Rhin (4).

Meroveo.—Meroveo, que le fué dado por sucesor, venció (451) á los hunos de Atila en los campos Cataláunicos (*Mery-sur-Seine*), y dió su nombre á la primera raza de los reyes francos; dado que no fuera esta una denominación común á todos los reyezuelos de las diferentes ciudades (5).

Cuéntase (así se explica Gregorio de Tours) que Meroveo, de la familia de Clodion, había dejado hacia dos años (459) el mando real de los francos en la Galia á su hijo Childerico, cuando éste se hizo aborrecer seduciendo á las hijas de los guerreros y fué depuesto. Viendo que se le tendían lazos huyó hacia la Turingia, dejando en las Galias á Viomades, fiel servidor suyo, á fin de que procurara reconquistar los ánimos, y le dió por señal la mitad de una moneda de oro que debía enviarle

(4) *Francus Germanum primum, Belgamque secundum Sternebat; Rhenumque, ferox Alemannæ, bibebas Romanis ripis, et utroque superbus in agro, Vel civis, vel victor eras.*

(SID. APOLL. in *Aviti Paneg.*)

(5) *Meer-wig*, héroe del mar. Hé aquí la significación de los nombres francos según las raíces del antiguo alemán con arreglo al *Deutsche grammatik* de Grimm. Gottinga, 1822.

Hlodio-Hlod, célebre.

Mero-wig, guerrero insigne.

Hilde-rik, bravo en la batalla.

Hlodo-wig, guerrero famoso.

Theode-rik, bravo ó poderoso sobre el pueblo.

Hlodo-mir, caudillo célebre.

Hilde-bert, brillante en el combate.

Hlot-her, célebre y eminente (alto alemán).

Theode-bert, resplandeciente entre el pueblo.

Theode-bald, atrevido entre el pueblo.

Theode-ald, firme entre el pueblo.

Hari-bert, esplendente en el ejército.

Gont-hram, fuerte en la batalla (alto alemán).

Hilpe-rik, poderoso en socorrer.

Sighe-bert, brillante por la victoria.

Dago-bert, luminoso como el día.

Rod-bert, brillante por la palabra.

Land-rik, poderoso en el país.

Berto-ald, espléndidamente firme.

Warna-her, eminente por protección.

Ega, sutil.

Grimo-ald, firme en la fiereza.

Erkino-ald, firme en la sinceridad.

Ebro-in, (*Ebro-winn*), vencedor rápido.

Wert, digno.

Raghen-fred, protector poderoso.

Karle, robusto. *Karlo-man*, hombre robusto.

Ode, rico ó venturoso.

Rad-ulf, pronto en el socorro.

Hug, inteligente.

en el momento en que pudiera volver sin peligro. Eligieron los francos en su lugar á Egidio (6), maestro de las milicias romanas y conde de Soissons. Pero habiendo permanecido éste fiel al emperador Mayoriano, Recimero concibió odio hacia su persona, y confirió el título de maestro de las milicias á Gunduico, rey de los borgoñones (462), permitiendo que Teodorico ocupara á Narbona, barreraalzada entre Egidio y la Italia. No contento con esto Teodorico envió hacia el Loira á su hermano Frederico con los alanos mercenarios. En este peligro inminente creyó Egidio proceder con acierto llamando de nuevo á Childerico, á quien echaban de menos los francos. Entonces Viomades hizo que llegara á su poder la media moneda de oro. Habiendo regresado Childerico con los últimos alanos que habían quedado en las Galias.

Childerico I.—Muerto Egidio de una epidemia ó envenenado (464), robusteció Childerico su autoridad sobre los salios, guiándoles á expediciones aventureras hasta las orillas del Loira, que se disputaban á la sazón los romanos, los visigodos, los sajones y los bretones. Durante su destierro, Basina, mujer del rey de Turingia, cerca del cual se había refugiado, se había enamorado de su persona; y cuando volvió entre los suyos huyó con el diciendo: «Si hubiera conocido á un hombre más vigoroso que tú, le hubiera dado la preferencia (7).»

Clodoveo.—De esta unión adúltera nació Ludwig Clodoveo, que sucedió á su padre á la edad de quince años (481) como jefe de la tribu sálica, y es considerado como fundador de la monarquía francesa.

Visigodos.—Entonces se hallaba dividida la Galia entre seis naciones. Dominaban los visigodos en las provincias meridionales, teniendo por confines el Loira, el Ardeche y el Ródano; poseían también el Mediodía de la Provenza. Desde las conquistas de Eurico en España, era el pueblo más poderoso entre los bárbaros.

Bretones.—El menosprecio, más bien que el espíritu de rebelión, había determinado á las provincias

(6) Es probable que no fuera hecho rey, sino que tomara solo á su servicio á los francos habituados á combatir á sueldo de los romanos.

(7) *His ergo regnantibus simul, Basinia, relicto viro suo, ad Childericum venit, qui, cum sollicitè interrogaret qua de causa ad eum de tanta regione venisset, respondisse fertur: Novi, inquit, utilitatem tuam, quod sis valde strenuus: ideoque veni ut habitem tecum. Nam noveris, si in transmarinis partibus aliquem cognovissem utiliore te, expetissem utique cohabitationem ejus. At ille gaudens, eam sibi conjugio copulavit. Aquel utilis y utilitas se ha traducido: «Os conozco por un hombre de honor, valeroso y digno de mi afecto. Si hubiera en el mundo un hombre de más mérito que vos, etc.» La diferencia que hay entre el texto y la versión puede indicar la fidelidad de los traducciones, y la distancia de civilización entre la época de Gregorio de Tours y la de Du Bos.*

armóricas ó marítimas á negar obediencia á los débiles emperadores de Oriente, y habían formado una confederación de ciudades libres que mantenían tropas en pie para la común defensa. Otros bretones fugitivos de su patria insular, cuando fué invadida por los anglo-sajones, habían llegado á refugiarse en la Tercera Lionense, en medio de una población que hablaba la lengua céltica como ellos. Conservábanse los vestigios de la antigua bravura á la estremidad de la Armórica entre los osismianos que se distinguían por su valor, por su agilidad y por su lealtad á sus jefes hereditarios. No habían abandonado el culto druidico, y todavía con frecuencia, á pesar de las leyes, derramaban sangre humana para aplacar á los dioses. Después de haber pasado algunos de ellos su juventud en medio del pillage y de las devastaciones, tocados de arrepentimiento, abrazaban el cristianismo, y muchos merecieron por su penitente vida ser contados entre el número de los santos.

Borgoñones.—Los burgundos ó borgoñones se habían establecido de 406 á 413 entre Basilea y el Mediterráneo, Nevers y los Alpes; abarcaban la Provenza septentrional, el Delfinado, las Cevennas, el Lionésado, la Borgoña, el Franco-Condado, Langres en Bassigny, la Suiza francesa, el Valés y la Saboya: su capital era Lion.

Alemanes.—Poseían los alemanes la Alsacia y la Lorena; y fuera de Francia, á la izquierda del Rhin, los países que se estendían hasta el Mosela; á la derecha la comarca desde Constancia á Basilea y Maguncia, es decir, la Suabia, el Darmstadt y buena parte de la Franconia.

Francos.—Tenían los francos el resto de la Francia septentrional con los Países Bajos, el gran ducado del Rhin, además de los países á la derecha del Rhin, que hoy llamamos Hesse y Nassau. Quiendo los ripuarios tener residencias fijas como sus hermanos, se apoderaron de Colonia y de Tréveris, estendiéndose de este modo desde Coblenza á Cléveris. Era de preveer que no permanecerían largo tiempo sin tener guerra con los borgoñones, y que las últimas posesiones romanas cayeran en este conflicto. Los otros países eran ocupados por los salios bajo diferentes caudillos, de los cuales los más conocidos residían en Cambray, Teruana, Turnay y en el Mans. Los francos todavía paganos y enemigos recientes, que ocupaban la parte menos civilizada de la Galia, eran más germanos y más bárbaros que los borgoñones y los godos.

Galos.—En medio de estos diferentes dominadores estaban diseminados los galos. Superiores en número conservaban la raza y las instituciones nacionales; pero hallándose su patria estrechada entre el mundo romano y el mundo germánico, se acomodaban mejor á las costumbres del país de que estaban más cerca. Siagrio, hijo del antedicho conde Egidio (464), mantenía todavía, aun después de la caída del imperio, la autoridad romana en las ciudades de Beauvais, Soissons, Amiens, Tro-

yes, Reims y sus pertenencias: sin embargo, esta sombra de poder era considerada como la única autoridad legítima en las Galias, teniendo en su favor la sanción de cinco siglos, á la par que los nuevos poderes no se apoyaban más que en la espada. Representaba, pues, el imperio para los galos la independencia nacional, y en su nombre hubieran obrado, si alguna vez se hubieran alzado para sacudir el yugo. Por otra parte Siagrio, educado en las costumbres de la antigua civilización, y hablando también la lengua germánica, aparecía á los ojos de los bárbaros como un Solon ó un Deoyoces, cuando les daba los oráculos de la justicia romana.

Al que quisiese, pues, consolidar un grande Estado de aquellos países fraccionados, y arrastrar á los galos á sus intereses, importaba ante todo echar á un lado con los restos de la dominación romana el pretexto de una fidelidad honrosa. Comprendiólo Clodoveo, que no sabiendo contentarse con su reino hereditario de Turnay, aspiraba á hacerse jefe único de su nación, cualesquiera que fueran los medios que hubiera de emplear para ello. Al frente de cinco mil bravos, única fuerza de su pequeño Estado, escitados por el atractivo de las riquezas de los romanos, atraviesa la selva de Ardenas (486), y provoca bajo los muros de Soissons á batalla á Siagrio. Este general, que mandaba á todos los que al norte del Sena se llamaban todavía soldados romanos, ora legionarios, conscriptos ó federados, es vencido por el rey franco. Pasa el río, y no hallando las ciudades del Loira en estado de defenderse, se refugia en Tolosa cerca de Alarico II, rey de los visigodos; pero este príncipe, para grangearse la voluntad del vencedor, entrega su huésped á Clodoveo, quien le condena á muerte, se apodera de las ciudades romanas y establece su residencia en Soissons. No vacilaron en someterse los galos, que separados por tan larga distancia de la corte de Bizancio, no podían esperar ser socorridos, ni siquiera casi mostrar obediencia.

Estos primeros triunfos infunden ánimo á Clodoveo; el botín que ha recogido y la confianza que inspira aumentan considerablemente el número de sus tropas; no por eso deja de mantener entre sus compañeros de armas una rígida disciplina, y ¡ay del que hubiera arrancado una hebra de yerba en el territorio amigo! Después de la victoria repartía entre ellos los despojos del contrario que se complacían en presentarse en las revistas de los campos de Marzo, bellos y robustos, con las armas, á los ojos de su cabelludo señor, el cual los guiaba á la victoria.

La discordia suscitada entre los príncipes borgoñones le ofreció una nueva ocasión de conquistas. Gunduico había dejado cuatro hijos: Childerico, Godemaro, Godegisilo, que reinaban en Ginebra, Viena y Besanzon, y Gundebaldo, rey de Lion y patricio romano, más poderoso que los otros tres. Este último atacó á sus hermanos de Ginebra y Viena, á quienes venció: Godemaro,

que se había refugiado dentro de una gruta, pereció allí sofocado por el humo; Chilperico fue echado á un pozo con sus dos hijos y su esposa (476-91); y Gundebaldo y Godegisilo se repartieron su territorio.

Chilperico había dejado una hija joven llamada Clotilde, de celebrada hermosura y que cultivaba en la soledad la fe verdadera y la caridad. Clodoveo la pidió en matrimonio: en caso de negativa tenía un pretexto de guerra; si se le otorgaba, le llevaba derechos que podía hacer valer sobre Ginebra. No se atrevieron á rechazar su demanda: de consiguiente, envió á Clotilde un mensajero que puso en sus manos, según el rito nacional, con el anillo nupcial, un sueldo y un dinero, como símbolo de la compra que hacía de ella. Dirigióse enseguida la novia del rey franco desde Ginebra á Soissons (493), en un carro tirado por bueyes, cuyo lento paso parecía más magestuoso que el galope de los caballos, é hizo que los soldados de su escolta prendieran fuego á muchas aldeas de la Borgoña para manifestar su rencor al rey fratrificada.

Este enlace fué un acontecimiento de alta importancia; pues á contar desde este momento, todos los galos tuvieron fijos sus ojos en la reina, única católica entre los príncipes de aquella comarca, con la esperanza de que sabría inducir á Clodoveo á abrazar con la religión cristiana una política racional y humana. Frecuentemente se dirigían los obispos al palacio, según se llamaba, á estilo de cortesano romano, la tienda del rey franco; mas no por esto dejaba él de saquear las iglesias y los bienes del clero: cabalmente un vaso robado por los francos en la catedral de Reims le puso en correspondencia, luego en intimidad con Remigio.

San Remigio.—Este obispo, el más ilustre de las Galias, había escrito á Clodoveo cuando había ascendido al trono felicitándole: «Cumple, le decía, los designios de la Providencia; muéstrate moderado en el poder, justo en las recompensas, benévolo respecto de los pontífices y dócil á sus consejos; si te parece bien obrar de acuerdo con ellos, serán los pueblos venturosos. Mantén la disciplina militar, eleva á tus compañeros de armas, y no oprimas á nadie; socorre á los desventurados, sustenta á los huérfanos hasta que se hallen en edad de servirte, y así harás que el cariño ocupe el lugar del temor. Ponga al débil y al extranjero al abrigo de la rapacidad; la rectitud de tus fallos. A nadie se niegue la entrada en tu palacio, y ninguno salga de allí descontento. Posee los bienes paternos; si te sirves de ellos para redimir los cautivos, haz de manera que se les restituya la libertad en un todo. No se aperciban los extranjeros establecidos en tus dominios de que pertenecen á una nación diferente. Intervengan los mancebos en tus fiestas, y en tus consejos solamente los hombres maduros.»

Invasión de los alemanes.—Pero el jefe bárbaro

debía ser impulsado á la fe verdadera más bien que por razones, por amor á la victoria. Deseosos los alemanes de seguir las huellas y la fortuna de los francos, pasaron el Mein, y bajando hasta Colonia, acometieron á Sigeberto, rey de los ripuarios.

Batalla de Tolbiac.—Clodoveo, su sobrino, corrió en su auxilio al frente de sus salios (496); y habiendo encontrado á los enemigos en Zulpich (*Tolbiac*) en el país de Juliers, les obligó á retirarse y á cederle sus posesiones entre el Mosela y el Rhin, y á la derecha de este entre el Mein y el Necker, comarcas que recibieron después el nombre de Francia Renana. Lo demás fué gobernado por un duque de Alemania, tributario del vencedor, á escepcion de la antigua Vindelicia, que prefirió someterse á Teodorico, rey de los ostrogodos, que se había presentado como mediador de la paz.

Bautizo de Clodoveo.—En semejantes tiempos no podía faltar lo maravilloso á tan sorprendente victoria. Cuéntase, pues, que los francos se replegaban ya en desorden, cuando Clodoveo hizo memoria del Dios de quien Clotilde le había hablado mil veces, y que hizo voto, si triunfaba de los adoradores de Wodan, de abrazar la fe de Cristo y de su mujer. Cumplió su palabra, y el día de Navidad fué bautizado en Reims por San Remigio con su hermana Audefleda, en el baptisterio que se conserva todavía como monumento de una de las más importantes revoluciones. No se descuidó nada de cuanto podía halagar la imaginación de una nación bárbara: cubriéronse las paredes, estendiéndose de una á otra, con tapices y ricas telas de diversos colores: mezclóse el perfume de las flores con el del incienso de la Arabia. Pasmado Clodoveo, preguntó á Remigio, que caminaba á su lado con vestidura pontifical deslumbrante de oro: «Señor, ¿es este el reino de los cielos que me habeis prometido (8)?»

Remigio le dijo al bautizarle: «Dobla tu frente, moderado sicambro; adora lo que quemaste, y quema lo que has adorado» (9). Agolpada la muchedumbre impedía que se acercara el clérigo que llevaba la ampolla que contenía el crisma: oró el santo obispo, y de súbito una paloma, más blanca que la nieve, le trajo otra llena de un óleo de perfume tan suave, que extasió á los asistentes como si hubieran estado en el paraíso (10). Un ángel

(8) *Patrone, est hoc regnum Dei?* Gesta reg. Franc.

(9) *Mitis depone colla Sicamber; adora quod incendisti, incende quod adorasti.* GREGORIO DE TOURS, II, 31.

(10) Gregorio de Tours cuenta minuciosamente el bautismo de Clodoveo, y dice que se llenó el lugar de una divina fragancia, de tal modo que todos se creían estar en el paraíso, y no hace mención de la ampolla. Tampoco se habla de ella en una larga carta de un contemporáneo sobre los milagros de San Remigio. El primero que citó esto fué Incmaro, arzobispo de Reims en el siglo XI, apoyándose no obstante en tradiciones y escritos anteriores. Conservada

trajo á Clodoveo una bandera bordada de flores de lis, y Remigio le entregó un frasco de excelente vino para que le sirviera en sus expediciones. Cuando estas habían de tener un éxito venturoso, por mucho que el rey y el ejército bebieran, el licor no disminuía. De estas locuras rodeó la imaginación la cuna de la más brillante monarquía de los tiempos modernos, como lo había hecho respecto de las de la antigüedad.

Desde entonces se contó á los francos entre las naciones civilizadas: el papa Anastasio otorgó á sus reyes el título de *crístianísimos* y de hijos primogénitos de la Iglesia, porque en aquella época los demás príncipes de Occidente profesaban los errores de Arrio y el emperador los de Eutiquio. Tres mil de los principales francos siguieron inmediatamente el ejemplo de Clodoveo, y los demás sucesivamente por imitación, por condescendencia, por amor á la novedad, antes de saber lo que era el bautismo. El carácter y la conducta de Clodoveo no permiten suponer que hubiera tampoco profundizado mucho los principios del catolicismo ó comprendido su moral; pero así como al oír la narración de la Pasión de Jesucristo había exclamado: «Si yo hubiera estado allí con mis francos, hubiera vengado su muerte» (11), veía en su conversión un medio político (12). No se hicieron esperar mucho los efectos, porque inmediatamente se le sometieron las ciudades de la Armórica, y todos los galo-romanos le consideraron como su libertador contra los visigodos y los borgoñones arrianos. Las milicias romanas y las cohortes imperiales, todavía acantonadas en algunas ciudades entre el Sena y el Loira, pusieron sus armas al servicio del cristianismo, conservando hasta las insignias romanas en medio de guerreros cubiertos de pieles.

Guerras con los borgoñones.—Fuerte con estos auxiliares el hábil Clodoveo, que jamás movía un pie sin haber asegurado primero el otro; pensó que había llegado el tiempo de tomar venganza de los borgoñones. Ya en tiempo de su matrimonio con Clotilde había reclamado su herencia; habiendo sido desechada su demanda, guardó silencio hasta que al ver á Godegisilo descontento de la parte con que el hermano había comprado su complicidad ó conveniencia en el fratricidio, lo solicitó para que le ayudase, pudo comprometerle contra aquel, y cayó de improviso sobre la Borgoña (500). Gun-

debaldo reunió un concilio, y reconvino á los obispos católicos, diciéndoles: «Si profesais la religión verdadera, ¿por qué no refrenais la ambición de Clodoveo? ¿Se concilia la fe con la codicia y la ambición de sangre?» A lo cual respondió Avito, obispo de Viena: «Ignoramos las intenciones del rey de los francos; pero á menudo Dios derrumba los reinos que abandonan su ley. Vuelve á ella con tu pueblo, y Dios te dará una paz segura.»

El clero miraba con favorables ojos el triunfo de Clodoveo, quien, habiendo avanzado, derrotó al enemigo y le persiguió hasta la estremidad de sus Estados, asediándole en Aviñon. Los olivares y las viñas, eterna sonrisa de la Provenza, fueron talados por los francos; pero siendo demasiado firmes las murallas de una ciudad fuerte con el ignorante valor de los francos, se celebró un tratado por el cual Gundebaldo se comprometió á pagar tributo á Clodoveo y á ceder á Godegisilo Viena y Ginebra. Exhortado á abrazar el catolicismo lo hizo en secreto y contra su voluntad: pero los galos, que recuperaban con esto el libre ejercicio de su culto, se manifestaron reconocidos á Clodoveo.

Mas apenas se había retirado éste (504), cuando Gundebaldo, sediento de venganza, asedia á Godegisilo en Viena, de que se apodera, y arrancándole de la Iglesia, le mata. Respeta á los francos que están á su sueldo, pero los entrega al rey de los visigodos, y confiando en su alianza, así como en el aumento de sus fuerzas que le proporciona la extensión de su reino, niega á Clodoveo el pago del tributo. Este, preparándose para el combate, invoca el auxilio de Teodorico, su cuñado, rey de los ostrogodos. Pero ignoramos cuales fueron las vicisitudes de esta guerra: solamente vemos que Teodorico ocupa la Segunda Narbonense, cedida anteriormente á Gundebaldo por los visigodos, y que, habiéndose aliado este último con Clodoveo, quedó poderosísimo hasta su muerte (510).

El auxilio prestado por Alarico II (13) á los borgoñones, suministró á Clodoveo un pretexto para declarar la guerra á los visigodos; guerra que hasta entonces había procurado evitar Alarico, aviniéndose en un todo á la voluntad del rey franco. Irritado el clero católico en virtud de la intolerancia arriana, mantenía relaciones con Clodoveo, de quien solicitaba socorro (14), y éste atizaba aquel

(13) Estos numerales añadidos al nombre de los príncipes, es reciente. Primeramente se les distinguía por algún sobrenombre tomado con más frecuencia de sus cualidades físicas; si había dos de un mismo nombre, se llamaba al uno el *viejo* y al otro el *joven*. Es tan reciente como irracional la adulación de llamar *primero* á un príncipe todavía vivo, sin saber si habrá un segundo.

(14) «Sospechoso Volusiano, obispo de los turones, á los ojos de los godos de querer someterse al poder de los francos, fué desterrado cerca de Tolosa, donde murió. Incurriendo así mismo el obispo Vero en sospechas por su celo en favor de la misma causa, acabó su vida en el destierro.» GREGORIO DE TOURS, lib. X. También hace men-

la ampolla hasta el tiempo de la revolución, fué entonces hecha pedazos por un tal Suhl de Estrasburgo, fanático jacobino que se suicidó más tarde.

(11) *Si ego ibidem cum Francis meis fuisset, injurias ejus vindicasset.* FREDEGARIO, *Epit.* 13.

(12) Tan verdad es esto, que asociaba para indicar los años de su reinado los títulos de conquistador y de cristiano. Efectivamente, en la carta de fundación del monasterio de Reomé, se lee: *Primo subjugationis Gallorum et susceptæ christianitatis nostræ anno.*

fuego. Aunque el rey de Italia procuraba mantener la armonía entre su cuñado y su yerno, a pesar de que el rey de los francos y Alarico celebraron una conferencia en una isla del Loira, sentándose en una misma mesa, y dándose mil protestas de amor fraterno estalló la enemistad al cabo. Dirigiéndose Clodoveo a sus valientes en el campo de Marzo, donde discutían los francos asuntos de interés general, les dijo: «¡Cuán afligido estoy de ver las más hermosas comarcas de la Galia en poder de esos arrianos! Vamos en nombre de Dios y sugetémosles a nuestra obediencia.» (15)

Después de haber sabido dar de esta suerte un aspecto religioso a su empresa, se puso en marcha con todas las tribus francas, que habían jurado no raparse la barba hasta que la expedición hubiera sido llevada a feliz remate; a la par que él, disparando con fuerza su francisca, hacía voto de erigir un templo a los Apóstoles en el sitio en que cayera. Prohibía a su ejército tocar los vasos sagrados de las iglesias, y hacer el menor insulto a las vírgenes y a las viudas consagradas a Dios. Pasando por las inmediaciones de Tours prohibió a todos tomar allí otra cosa que agua y yerba por respetos al bienaventurado San Martín. Como un soldado quitara heno a un pobre hombre diciendo: «Esto es yerba» el rey le condenó a morir, exclamando: «¿Y en quién depositaremos nuestra confianza para conseguir la victoria si se ofende a San Martín?»

Al entrar en la iglesia de este taumaturgo de las Galias prestó atención a las palabras del salmo que se cantaba en aquel momento, y encontró en ellas un presagio de la victoria. Cuando llegó a orillas del Vienne vio crecidas las aguas, pero un cándido ciervo llegó a enseñarle un vado. Un brillante meteoro situado encima de la catedral de Poitiers guió al ejército en las marchas nocturnas. Estos diferentes prodigios avivaban con el entusiasmo religioso el valor de los francos. Alarico hubiera obrado prudentemente evitando el primer choque, y aguardando la llegada del rey de Italia; pero por el contrario presentó batalla al enemigo en Vouillé cerca de Poitiers; y a pesar del valor de que hicieron alarde tanto los godos como los fieles *senadores* de la Auvernia, quedó vencido y muerto a manos de Clodoveo.

cion en el libro II de Quinciano, obispo de Rodez, arrojado de su silla por haberse querido someter a los francos. Cuando fué declarada la guerra, Galactorio, obispo de Lescaur, se puso en marcha con un pequeño ejército para incorporarse a los francos, pero fué derrotado y muerto en Mimsan, *Galía Cristiana*, I, 1285. El mismo Gregorio dice que los obispos cristianos: *omnes eos (los francos) amore desiderabili cuperent regnare.*

(15) *Valde moleste fero quod hi Ariani partem teneant Galliarum optimam; camus cum adiutorio Dei et superatis eis, redigamus terram in ditionem nostram.* GREGORIO DE TOURS, II, 37.

Entonces el clero y el pueblo acudieron de toda la Aquitania a prestar obediencia al nuevo rey, quien adornó las iglesias católicas con los despojos de los templos arrianos, se apoderó de los tesoros acumulados en Tolosa y respetó las tierras de los galos, no distribuyendo a sus soldados más que las que pertenecían a los dominadores. Thierry, su hijo primogénito, fué enviado por él a someter a los auvernios y los albigenses, entre quienes se había refugiado Gesalico, hijo natural del muerto.

Pero el rey de Italia, que se había puesto en camino para sostener a su yerno, y que se adelantaba a la sazón para vengarle, encuentra a Thierry en las llanuras de Arlés (508), le derrota, se apodera de toda la Provenza, y reúne la provincia de Arlés a la de Marsella que ya poseía. Clodoveo añadió a su reino la Tercera Aquitania, mientras que la Primera Narbonense, que recibió entonces el nombre de Gotia y Septimania, quedó a los visogodos, siendo Narbona su capital en lugar de Tolosa.

Refugiados los jefes bretones en la punta de tierra que avanza en el Atlántico, jamás habían querido someterse al rey franco; y aunque Clodoveo hubiera cambiado a viva fuerza el título de rey que llevaba Budico en el de conde tributario, Rioval, hijo de este último, no tardó en sacudir el yugo, y se manifestaron perpétuamente contrarios a los reyes francos aquellos armóricos que en la Revolución decían a Luis XVI: «Señor, ponemos en vuestra mano la fiel espada de los valientes bretones, que nunca se teñirá sino con la sangre de vuestros enemigos.»

Tan lejos había resonado la fama de Clodoveo, que a su regreso a París, donde estableció entonces su residencia, recibió del emperador de Constantinopla la púrpura y la corona de oro, emblemas del patriciado romano. Clodoveo se revistió con aquellas insignias, y bajo este traje hizo su entrada en Tours, arrojando dinero a manos llenas, porque comprendía que tales emblemas, sin valor efectivo, legitimaban la obediencia de los galos, todavía adictos a las tradiciones romanas.

Su codiciosa ambición se volvió entonces hacia sus deudos los reyes de Teruana, Cambray, Mans y Colonia. Sigeberto, que gobernaba en esta última ciudad a los francos ripuarios, estaba cojo a consecuencia de una herida recibida en la jornada de Tolbiac. «El rey Clodoveo (así lo dice Gregorio de Tours) envió secreto mensajero a Cloderico, hijo de Sigeberto, haciendo que le dijera lo siguiente: «Tu padre es viejo y cojo: si muriera, su reino y nuestra amistad te corresponderían de derecho.» Seducido Cloderico por esta esperanza resolvió matar a su padre: habiendo salido Sigeberto de Colonia y cruzado el Rin para divertirse en la selva de Buconia, dormía la siesta bajo su tienda, y su hijo lo hizo matar con la esperanza de poseer el reino; pero cayó por el juicio de Dios en la fosa que había abierto a su padre. Envío a decir a Clodoveo: «Mi padre ha muerto, y tengo en mis ma-

nos sus tesoros y su reino. Enviame alguno de los tuyos, y le entregaré de buen grado lo que te plazca de estas riquezas.» Clodoveo le respondió: «Te doy gracias por tu buena voluntad; plázcate enseñar a los que te envío los tesoros de tu padre.» Mientras estos los examinan el príncipe dijo: «En esta arca solía mi padre acumular sus monedas de oro.» Entonces le contestan: «Mete la mano hasta el fondo para encontrarlo todo.» Hizolo de esta suerte, y según estaba bajado, uno de los enviados levantó su francisca y le dividió la cabeza: así recibió el hijo la muerte con que había herido a su padre.

Informado Clodoveo de que Sigeberto y su hijo habían muerto, se dirigió a Colonia, y habiendo convocado al pueblo le habló en esta forma: «Sabed lo que ha acontecido. Mientras navegaba yo sobre el Escalda, Cloderico, hijo de un deudo, atormentaba a su padre diciéndole que yo quería matarle. Cuando Sigeberto huía por la selva de Buconia, Cloderico envió en contra suya asesinos que le dieron muerte; después él mismo fué asesinado, ignorando por quien, en el momento en que abría las arcas de su padre. En todo esto no tengo parte alguna, y no derramaría la sangre de mis deudos en atención a que es cosa prohibida. Pero ya que el hecho está consumado, os daré un consejo: aceptadle si os conviene, recurrid a mí y poneos bajo mi patrocinio.» El pueblo respondió aplaudiendo con las manos y con la boca; alzado sobre el pavés Clodoveo fué proclamado rey, y poseyó el reino y los tesoros de Sigeberto, que añadió a los suyos.

Habiendo atacado enseguida a Cararico, rey de Teruana, se apoderó por traición de su persona, le hizo tonsurar, y le envió con su hijo a un convento, donde se desembarazó de él al poco tiempo. Algunos magnates que rodeaban a Ragnacaro, rey de Cambray, se dejaron corromper por medio de presentes de vasos de oro, y entregaron a Clodoveo la persona de este príncipe pagano, a quien sus desórdenes habían hecho odioso juntamente con su hermano Ricardo.

«¿Cómo puedes envilecer nuestra raza hasta el punto de dejar que te atén?» dijo Clodoveo al rey prisionero, y le descargó un terrible golpe con su maza. Volviéndose luego hacia Ricardo, dijo: «¡Desgraciado! si hubieras cumplido tu deber no hubieran atado a tu hermano,» y le mató igualmente. Entonces los magnates que les habían entregado se quejaron de que los vasos que se les habían regalado eran de oro falso; pero el franco respondió que no merecían cosa mejor los traidores, y que debían agradecerle que les dejara con vida.

Rignomero, rey del Mans, último de los príncipes Merovingios, no tardó en sufrir la suerte de los otros. «De esta manera (concluye el historiador, pintor siempre fiel de las costumbres y de los sucesos sin que se aperciba de ello) hacia Dios caer cotidianamente a los enemigos bajo la mano de este príncipe y aumentaba su reino, porque mar-

chaba con corazón recto delante del Señor y hacía cosas que son gratas a sus ojos.

Muerte de Clodoveo.—Para los que entienden más rectamente el Evangelio, y para los que profesan una política más humana que el obispo contemporáneo, las muchas instituciones piadosas que fundó Clodoveo no compensan en manera alguna la serie de crímenes que quizá pensaba expiar con ellas. Aun se hallaba en toda su lozanía, cuando murió en París a la edad de cuarenta y cinco años (511). Inferior en genio y en virtud a su cuñado el rey de Italia, aventajó en actividad y en ambición a Teodorico: pero a la par que el reino del rey godo estaba destinado a ser dividido y sujeta a servidumbre, el rey franco echó los primeros cimientos de una monarquía insigne, reuniendo en un solo cuerpo los miembros esparcidos de la democracia militar, sin estinguir la libertad nativa.

No habiendo emigrado los francos en cuerpo de nación, no se hallaron en la necesidad de expropiar a los galos; y acostumbrados como estaban a las disposiciones imperiales, dejaron subsistentes las curias, como un medio cómodo de percibir los impuestos, y a ellas se dirigían en las necesidades los fiscales de los reyes. Pero si algún veterano quería descansar pedía al rey una tierra, ó bien mataba al propietario de ella y la ocupaba, crimen que a lo sumo espía mediante cien sueldos de oro. Algunos se hicieron de este modo poderosísimos, y se apoderaron de inmensos dominios cultivados por esclavos y por tributarios; su audacia subió de punto, y oprimieron a los pobres, incluso los que eran de origen franco. Es verdad que estos podían recurrir a las asambleas provinciales; pero los grandes, fuertes con el apoyo de sus *leudos*, imponían silencio a la justicia. En breve fueron los únicos que asistieron a las asambleas generales, y mandaron a los guerreros llamados al servicio de las armas; sus riquezas les suministraban el medio de adquirir otras nuevas, de donde resultó que la turbulenta democracia militar se halló reemplazada por la tiranía de una aristocracia territorial en menos de un siglo.

La larga cabellera que distinguía a los Merovingios, era un modo de consolidar la herencia de la corona; puesto que ningún usurpador hubiera podido proporcionársela acto continuo, y aquellos a quienes hubiera ocurrido dejársela crecer, hubieran dado margen a que se sospechara de sus planes. Entre los pueblos teutónicos aun no se había restringido a los hijos primogénitos el derecho de suceder a la corona. Sucedia con el reino lo que con los bienes patrimoniales, repartiéndose igualmente entre todos los hijos; esto fué la causa de grandes desgracias y de la ruina de las dos primeras dinastías.

Reino dividido.—Fué, pues, dividida la herencia de Clodoveo entre sus cuatro hijos; no por provincias enteras, sino por ciudades y por distritos, como podría hacerse con un patrimonio privado.